

ALFA Y OMEGA



ARQUIDIÓCESIS DE MÉXICO • VENEZUELA • CENTROAMÉRICA • EL CARIBE

19 MAYO 2024

AÑO 10 / N° 20 / TONO 2 / EOTH. 4



DOMINGO DE LAS MIRRÓFORAS

Santoral: José de Arimatea y Nicodemo / Patricio, obispo de Prusa (mártir).

TROPARIO DE LA RESURRECCIÓN Tono 2

Cuando descendiste a la muerte, oh Vida inmortal, mataste al Hades con el rayo de tu divinidad; y cuando levantaste a los muertos del fondo de la tierra, todos los poderes celestiales clamaron: «¡Oh Dador de vida, Cristo Dios, gloria a ti!»

TROPARIO DE SAN JOSÉ DE ARIMATEA Tono 2

El piadoso José, habiendo bajado tu purísimo cuerpo del madero, lo amartajó en una sábana, lo embalsamó y depositó en un sepulcro nuevo; pero Tú resucitaste al tercer día, oh Señor, otorgando al mundo la gran misericordia.

TROPARIO DE LAS MIRRÓFORAS Tono 2

El ángel, que estaba junto al sepulcro, dijo a las mirróforas: «El bálsamo es propio de los muertos, pero Cristo se ha revelado ajeno a la corrupción. Así que proclamad: “El Señor ha resucitado otorgando al mundo la gran misericordia”».

CONDAQUIO DE PASCUA Tono 8

Cuando descendiste al sepulcro, oh Inmortal, destruiste el poder del Hades, y al resucitar vencedor, oh Cristo Dios, dijiste a las mujeres mirróforas: «¡Regocijense!», y a tus discípulos otorgaste la paz, ¡oh tú que concedes a los caídos la resurrección!

HECHOS DE LOS APÓSTOLES (6: 1-7)

En aquellos días: al multiplicarse los discípulos, hubo quejas de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana. Los Doce convocaron la asamblea de los discípulos y dijeron: «No

parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra». Pareció bien la propuesta a toda la asamblea y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Pármenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía; los presentaron a los apóstoles y, habiendo hecho oración, les impusieron las manos.

La Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos, y muchos de los sacerdotes iban sometiéndose a la fe.

SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

(15: 43-16: 8)

En aquel tiempo, vino José de Arimatea, miembro respetable del Sanedrín que esperaba también el Reino de Dios, y entró audazmente donde Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Se extrañó Pilato de que hubiese muerto tan pronto, e hizo llamar al centurión; le preguntó si había muerto hacía tiempo. Enterado por el centurión, concedió el cuerpo a José, quien compró una sábana, bajó a Jesús de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en roca, e hizo rodar una gran piedra contra la entrada del sepulcro. María Magdalena y María, madre de José, observaban dónde quedaba puesto. Pasado el sábado, María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarlo; y muy de madrugada, el primer día de la semana, llegaron al sepulcro, apenas salido el sol. Y se decían unas a otras: «¿Quién nos rodará la piedra de la entrada del sepulcro?» Y levantando los ojos vieron que la piedra, que era muy grande, había sido retirada. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se sorprendieron. Él les dijo: «No se asusten; ustedes buscan a Jesús de Nazaret, el crucificado: ha resucitado, no está aquí. Éste es el lugar donde lo pusieron. Pero vayan y digan a sus discípulos y a Pedro, que va delante de ustedes a Galilea; allí lo verán, como les dijo». Ellas, saliendo del sepulcro, huyeron, pues el temblor y el asombro se habían apoderado de ellas y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.

MENSAJE PASTORAL

Las virtudes de las mirróforas

¡Cristo ha resucitado!
Permanecemos en la temporada pascual. Durante cuarenta días a

partir de la Pascua, la Iglesia nos coloca junto a los apóstoles en la atmósfera de la Resurrección hasta que el Señor suba en su divina Ascensión «a la diestra del Padre». Así, continuamos respirando in-

tensamente la fragancia dulce de la Resurrección.

En el tercer domingo pascual conmemoramos a las mirróforas, las mujeres que compraron mirra (perfume) para ir a embalsamar el cuerpo de Jesús (Mc 16: 1). Esta costumbre del judaísmo en la época de Jesús expresaba la esperanza del hombre para dominar la corrupción. Aunque, por un tiempo limitado, el embalsamamiento del cuerpo corruptible descubre el miedo del hombre a la realidad de su fin y pone a la vez de manifiesto un anhelo de una victoria futura sobre la muerte. Sin embargo, las mujeres, que llevaban en sus manos esta simple sombra de esperanza, se encontraron en el sepulcro vacío con una esperanza auténtica y tangible.

Con su caminar hacia la tumba, las mirróforas nos enseñan tres valores que las hacen dignas de ser las primeras discípulas en anunciar la Buena Nueva.

«Muy de madrugada, el primer día de la semana, llegaron al sepulcro». Al apuntar el alba, los primeros rayos hacen posible visualizar los obstáculos del camino. Imaginemos a estas devotas mujeres apretando entre sus brazos las vasijas de perfume durante todo el sábado sin poder ejecutar su anhelo de embalsamar a su querido Jesús dada la prohibición cultural del Sabbat. Pasado el sábado, vigilaron el paso de la noche para que lo antes posible se apresuraran al encuentro. Así, el anhelo resulta la primera virtud de las mirróforas. Puesto que el camino a Dios no puede ser recto sin amor, el protocolo y los hábitos tra-

dicionales de nuestro contexto cultural pueden colocarnos en el camino correcto, pero no mantenernos por mucho tiempo.

«El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10: 37). Estas palabras aparentemente duras del Señor no pretenden desligarnos del amor natural de los padres, hijos y familiares, sino que nos exhortan a un amor a Dios más real que el afecto a los nuestros, a un amor sobrenatural. Sin lugar a dudas, las mirróforas lo tuvieron como motivo para que, con evidente premura, salieran muy de madrugada encaminándose al sepulcro.

«¿Quién nos rodará la piedra de la entrada del sepulcro?» ¿Acaso ellas no sabían de la piedra? ¿No se habían enterado de los soldados que guardaban el lugar? ¿No advertían el peligro inminente y la dificultad por venir? Lo sabían todo, pero estas circunstancias no les impedían mantener el ánimo, no sofocaba la llama de su entusiasmo. Por ende, la fe de las mirróforas no debe entenderse como un simple comportamiento devocional de piedad religiosa propio de aquellos que, antes de acostarse por la noche, entregan a Dios una lista de peticiones. Las mirróforas se lanzan a una gran aventura conducidas por la fe. «La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Heb 11: 1). La fe es la locura divina que llevó a los apóstoles a «dejarlo todo». San Antonio, por un verso de la Biblia que escuchó en la iglesia, salió a vivir al desierto y no regresó

jamás. Esta aventura no pertenece a un sector exclusivo de los cristianos: todos tenemos la vocación de despojarnos en cierto modo de lo «nuestro». Los hijos no son «nuestros»: son los hijos de Dios que Él nos ha encargado. Los talentos (materiales y espirituales) no son «de nosotros»: somos administradores de ellos, malos o buenos, dependiendo de la respuesta que entreguemos. La aventura de la fe —la segunda virtud de las Mirróforas— se considera como el camino estrecho que tomaron decididamente y sin miedo, y que las condujo al encuentro con la resurrección salvífica.

Cuando llegaron al sepulcro, un ángel les anunció: «No está aquí, ha resucitado». San Mateo nos cuenta que la reacción de las mirróforas fue «temor y gran alegría» (Mt 28: 8). Ante este solemne evento, el temor no debe entenderse como miedo, sino como una comparecencia atónita de orden ontológico. Quizás, en nuestros tiempos nos hemos acostumbrado tanto a repetir cada año el cántico pascual «Cristo resucitó de entre los muertos», que hemos perdido la capacidad de asombrarnos ante lo sucedido: «Nada nuevo bajo el sol», excepto la resurrección del Cristo, Jesús. Ante las verdades de

nuestra fe, el cristiano comparece con atención y vigilia. La familiaridad y la rutina nos conducen a menudo a descuidar el respeto debido; no se trata de cierta reserva que nos separe en nuestro trato con los demás, más bien se trata de tomar una actitud que nos coloque en la presencia de Dios. Cuando un niño teme a su papá, no necesariamente tiene miedo del castigo; lo más probable y lo más sano es que la moral del padre y su cuidado paternal impongan al hijo un criterio de vigilia y de respeto que no contradice al afecto, sino que lo establece en su lugar natural. «El temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Pro 1: 7).

Por tanto, sería con la iniciativa del «amor», con la valentía de la «fe» y con la reacción del «temor» que las mirróforas emprendieron el camino hacia el sepulcro vacío de donde surgió Cristo, la Vida. No es casualidad que cuando nos aproximamos al santo cáliz para unirnos al cuerpo y la sangre del Crucificado y Resucitado, la exhortación del sacerdote incite en nuestro corazón las virtudes pascales de las mirróforas: «Con temor de Dios, fe y amor acercaos». Amén.

+ METROPOLITA IGNACIO

Iglesia Ortodoxa Antioquena
Arquidiócesis de México, Venezuela, Centroamérica y el Caribe

Pirules 110, Jardines del Pedregal, 01900, Ciudad de México.

Tel.: +52(55)5652-7772

Fax: +52(55)5652-5433

e-mail: ortodoxia@prodigy.net.mx

Web: www.iglesiaortodoxa.org.mx